

## UNA ESPERANZA Y UN TESTIMONIO\*

---

---

Al inaugurarse el Centro de Educación Fundamental que, con el patrocinio del Gobierno de México y la ayuda de la Organización de los Estados Americanos, establece hoy en Pátzcuaro la institución que tengo la honra de dirigir, deseo expresar a todas las autoridades que participaron en su instalación, así como a todos los maestros que van a trabajar bajo el cielo de Michoacán, la gratitud de la UNESCO y mis votos por el buen éxito de sus actividades.

Añado a estas expresiones de gratitud las muy particulares que debo al señor presidente de la República, por la simpatía con que, desde un principio, acogió el proyecto del Centro y por la honra que ahora nos hace con su presencia, así como mi reconocimiento para el señor Secretario General de la Organización de los Estados Americanos, sin cuyo importante concurso la iniciativa se habría visto sensiblemente restringida; para el señor Secretario de Educación Pública, en quien la UNESCO ha encontrado siempre un consejero inteligente y un amigo esforzado; para el señor general Lázaro Cárdenas, que, con desinterés ejemplar, puso a disposición del centro su finca La Eréndira, y para las autoridades de Michoacán, a las que saludo en la persona del señor gobernador de un Estado particularmente afanoso por contribuir al progreso de la comunidad mexicana.

Este Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina es, a la vez, una esperanza y un testimonio. Es una esperanza, porque sus puertas se abren ampliamente a las perspectivas de un porvenir de mayor dignidad humana para las masas rurales del hemisferio. Y es un testimonio, porque su sola existencia prueba la imaginación constructiva de América y su constante gestión por la libertad.

Desde la aurora de su independencia política, América definió con intrepidez una vocación de profundo sentido humano. A la exhortación de Bolívar había de contestar, en cada una de las repúblicas nacidas para cumplir esa vocación, un espléndido anhelo: el de redimir al hombre por la cultura.

---

\* *Discurso pronunciado con motivo de la inauguración del Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina, CREFAL, Pátzcuaro (México), 9 de mayo de 1951. Se publicó en: Jaime Torres Bodet, Discursos en la UNESCO, Comisión Nacional de los Estados Unidos Mexicanos para la UNESCO/SEP, México, 1987, pp. 274-281.*

Desgraciadamente, en la lucha contra la ignorancia no siempre bastan los ímpetus generosos. Las dificultades económicas y las insuficiencias técnicas suelen oponer obstáculos inquietantes a las más puras intenciones del legislador y del instructor. Ocurre así que, en muchos países americanos, el analfabetismo sigue planteando a los gobernantes un problema de proporciones agobiadoras. Sobre la superficie de un continente consagrado a la libertad, decenas de millones de hombres y de mujeres no saben siquiera leer las palabras que, en las leyes constitutivas de sus Estados, les prometen gozar de esa libertad.

Como lo dijo un pensador mexicano, la circunstancia de que "en un mismo rincón del planeta haya hombres históricos e individuos prehistóricos, alfabetos y analfabetos", tiene que suscitar un dolor agudo. Pero lo más grave es que una situación semejante –y de dimensiones más angustiosas– se advierte en muchas otras regiones del globo. Aunque no se haya emprendido aún con rigor un análisis crítico y exhaustivo de las estadísticas internacionales del analfabetismo, puede afirmarse –por desgracia sin miedo de exagerar– que más de la mitad de la población humana es analfabeta. O, para repetir la expresión certera de Antonio Caso, que más de la mitad de la población humana vive en la prehistoria.

Ahora bien, si consideramos que, según los datos publicados recientemente por las Naciones Unidas, la población mundial es de 2 378 millones, cabe decir que, en pleno siglo XX, más de 1 200 millones de hombres, mujeres y niños no saben leer y escribir. Cifra enorme, y tanto más amenazadora cuanto que, de acuerdo con los propios datos difundidos por las Naciones Unidas, la población mundial crece a un ritmo de 1 % al año. Por lo que concierne a la América Latina, el crecimiento es de 2 %.

Un aumento de más de 23 millones de seres humanos por año, digamos de más de 65 000 por día, supone, a cada hora, 2 700 futuros escolares, o sea, durante las dos horas que puede durar esta ceremonia, más de 5 000 niños vendrán a añadirse, en el mundo, a la legión de los que están pidiendo maestros para instruirse, libros y material para abrir los ojos al conocimiento del universo. Aquellos que, siguiendo a Juan Bautista Alberdi, estiman que "gobernar es poblar", se felicitarán, sin duda, de esta vitalidad de nuestra especie. Pero también habrán de pensar en que "gobernar es prever". Y que la falta de escuelas y de maestros suscita apremios indiscutibles.

Más de 1 200 millones de analfabetos... Un área tan formidable de oscuridad no puede sino alarmar a quienes creen, como la UNESCO, que el porvenir de la paz exige no solamente acuerdos políticos y económicos, sino una comprensión universal de los derechos y los deberes que condicionan el progreso de cada persona humana y, en conjunto, el progreso social de la humanidad.

El Centro de Pátzcuaro representa el primer intento serio hecho, en el plano internacional, con el propósito de responder a una alarma tan explicable. Privada de elementos materiales para atacar el mal en sus raíces económicas, carente de autoridad para organizar por sí misma campañas nacionales de alfabetización, la UNESCO sabe que sus servicios deben ser de carácter técnico. Esto —que delimita el campo de sus empeños— no disminuye el valor de su colaboración, ya que toda campaña de educación de base requiere medios financieros, pero requiere igualmente un programa técnico. Y muchas veces la calidad de ésta aminora la magnitud de aquellos. O, por lo menos, evita gastos sin proporción con los resultados.

El programa que hemos fijado para el Centro Latinoamericano no entraña, exclusivamente, un plan regional de alfabetización. No queremos exagerar el valor que tiene el simple adiestramiento mecánico de los iletrados en el aprendizaje de la lectura y de la escritura. Este aprendizaje, indispensable sin duda, no constituye sino una de las tareas que los maestros reunidos en Pátzcuaro deberán perfeccionar. La educación de base se asigna metas más elevadas, puesto que pretende proporcionar a las comunidades rurales, no sólo un recurso práctico de comunicación con el exterior, merced a los libros y a los periódicos, sino un mínimo de los elementos primordiales imprescindibles para una mejor adaptación de la vida de esas comunidades a los requerimientos de la época y del ambiente. De ahí el interés de la UNESCO por completar el cuadro pedagógico del Centro de Pátzcuaro con un personal positivamente informado en asuntos de higiene, agricultura, artesanado y pequeñas industrias.

Hemos concertado algunos acuerdos con diversas instituciones. He aludido ya a la Organización de los Estados Americanos, tan noblemente servida por don Alberto Lleras Camargo, ex presidente de Colombia, estadista eminente y hombre de acrisolada virtud internacional. Las tareas de información, de recopilación técnica de elementos y de producción de material educativo, que corresponden a su organización, serán de la mayor importancia para este Centro. En lo que atañe a las Agencias de las Naciones Unidas, la Organización Internacional del Trabajo estará representada en Pátzcuaro por un especialista en arte y oficios rurales; la Organización Mundial de la Salud, por un especialista en educación sanitaria, puericultura, alimentación racional e higiene individual y social; la Organización para la Alimentación y la Agricultura, por tres especialistas: uno, en métodos de perfeccionamiento de los cultivos y conservación de los recursos naturales; el segundo, en economía doméstica, ornamentación del hogar, industrias familiares y ocios recreativos; el tercero, en la organización de cooperativas rurales. Ruego a los representantes de las instituciones que acabo de citar se sirvan transmitir a sus Directores Generales el reconocimiento efusivo de la UNESCO.

Toda acción alfabetizadora exige un complemento: la preparación de un material de lectura que justifique, articule y, eventualmente, corone la educación de base. Los especialistas asociados en Michoacán experimentarán las cartillas en uso; sugerirán las modificaciones adecuadas y estudiarán las normas a que deberá sujetarse la ayuda técnica que la radio y el cine pueden prestar a la instrucción de las masas. Este aspecto de la cuestión es uno de los que dan al programa su relieve más definido.

Los educadores latinoamericanos que albergará el Centro de Pátzcuaro no ignoran la responsabilidad histórica de la misión que va a serles confiada. Por una coincidencia, en la que no existe el menor azar, la inauguración de sus labores se realiza precisamente en momentos en que la UNESCO prepara su proyecto más ambicioso: el de crear, en otras cinco regiones del mundo, centros de formación semejantes al que recibe, ahora, la hospitalidad de México. De obtener tal proyecto la aprobación de nuestra Conferencia General, que se reunirá en París el 18 de junio, esos centros podrían instalarse en África, en Asia Meridional, en Asia Sudoriental y en el Extremo y el Medio Oriente. Una red mundial quedaría así establecida, gracias a la obra de cuyos seis órganos regionales, cinco mil especialistas de educación de base podrían entrenarse en un lapso de doce años.

Lo que haga el Centro de Pátzcuaro no sólo será beneficioso para la América Latina. Será también la piedra de toque del Proyecto mundial en su Integridad.

Sé que los maestros americanos no necesitan de estímulos especiales para consagrarse con plenitud a los estudios que la UNESCO les propone; mas no estimo superfluo recordarles, en esta hora solemne, que de su éxito o de su fracaso dependerá, en gran parte, la fortuna del plan de que aquí les hablo.

La semilla de hoy puede ser pequeña; pero inmenso, a mi juicio, es su poder de germinación. Al depositarla en Michoacán, la UNESCO no olvida que sobre su tierra vivieron, soñaron y lucharon, apóstoles como Vasco de Quiroga y libertadores como Miguel Hidalgo y José María Morelos. Virtudes de apóstol y decisión de libertador demanda, ciertamente, la educación de base. ¡Quiera el destino de América que los maestros que se formen en Pátzcuaro no sólo dispongan de la competencia técnica, que la UNESCO vela por impartirles, sino de esas aptitudes morales sin cuyo desarrollo ninguna técnica acierta a elevar al hombre hasta el más alto plano de independencia y de dignidad!

Señor presidente de la República: No podría acontecer, por ningún motivo, que —en mi propia patria— la calidad internacional en que hablo me privase de la satisfacción de expresar mi alegría de mexicano ante el magnífico esfuerzo hecho para alojar a este Centro por el gobierno que usted preside, por las autoridades

locales, por los educadores y por el pueblo entero de México. La obra de la UNESCO, en lo que concierne al Plan de Asistencia Técnica, supone una colaboración directa de cada una de las naciones en que los diferentes proyectos hallan su marco más apropiado. La ayuda aportada por México para realizar nuestra iniciativa es digna de mencionarse, desde cualquier tribuna, como un ejemplo alentador. Reconocerla implica, por consiguiente, apenas un acto de justicia.

También es justicia encomiar la hidalguía con que los gobiernos de Bolivia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Haití, Honduras, Perú y El Salvador han aceptado participar este año en los trabajos del Centro, enviando a Pátzcuaro a grupos selectos de educadores, de los que se verán privados durante el lapso otorgado a los estudios que aquí efectúen. Desearía hondamente que esos educadores sintieran en mis palabras toda la admiración y todo el afecto que tengo para sus pueblos, por cuya dicha formulo los augurios más fervorosos

El esfuerzo de todos ha sido grande. Pero me permitiréis agregar: la empresa lo merecía. En un tiempo en que la discordia, la cólera y la violencia están amenazando la continuidad de la civilización, causa alivio —y también orgullo— advertir que existen aún países e instituciones que no desmayan en la misión de auxiliar al hombre a sobreponer a la noción de fatalidad, que entraña humillación y sometimiento, la idea del porvenir que cada quien puede labrar con sus propias manos merced a la audacia del carácter, a la flexibilidad de la inteligencia y al poder de la educación.

Como los individuos, los pueblos han de empeñarse por conocerse mejor a sí mismos. Pero, ¿quién se conoce, sino en la acción? Por eso exclamaba Goethe, certeramente: "Trata de cumplir con tu deber y, entonces, sabrás lo que vales."

El Centro que hoy inauguramos va a tratar de cumplir con su deber. Para que todos y cada uno de los profesores congregados aquí respondan a la fe que ponemos en su concurso, bajo la dirección de don Lucas Ortiz, bastará con que piensen en el destino de esos millones de hermanos, esparcidos sobre las tierras de América, en una tácita imploración por llegar a ser lo que su condición humana les asegura que pueden ser: ciudadanos de un mundo libre, constructores de una sociedad pacífica y democrática; en suma: responsables reales de una existencia de la que, ahora, mientras no les brindemos la enseñanza que necesitan, los responsables, voluntarios o involuntarios, seremos todos nosotros.

Excusadme si acudo, para concluir, a la evocación de un recuerdo personal. Hace años, me fue dado participar en la campaña de alfabetización iniciada en México por el gobierno del señor presidente Ávila Camacho. Durante una de las visitas que hice —en aquellos días— a uno de los centros nocturnos de educación colectiva

para analfabetos, presencié un espectáculo que no olvidaré jamás. En un recinto estrecho y mal alumbrado, una maestra joven y humilde hacía repetir en voz alta, a un grupo de adultos, una frase escrita en el pizarrón. Con ojos fatigados por las tareas de la jornada, pero encendidos por el entusiasmo de la futura emancipación, los hombres y las mujeres allí reunidos seguían la mano morena de la maestra, que parecía dibujar con ternura, como una promesa, cada palabra. Las voces, graves o delicadas, formaban un coro ingenuo, estremecido y patético como un himno.

A semejanza de aquella maestra humilde –e igualmente joven, porque a pesar de los siglos, cada generación la rejuvenece– pienso que una figura maternal se inclina sobre esta casa de solidaridad y de comprensión. Es la Humanidad. Sí, una humanidad de la cual, por estulticia o por egoísmo, los hombres suelen alejarse con frecuencia, para después regresar a su seno, maltrechos y arrepentidos.

Esa humanidad no ignora, sin embargo, que los hombres esperen de ella –aun en sus desvíos más lamentables– la luz que guía, la confianza que fortalece, la educación que redime, el amor que salva. Y también, tras de las congojas y de los duelos, la lágrima que perdona.